

De cómo Lidia cuenta sobre el movimiento de Jesús y las mujeres¹

ELSA TAMEZ*

Me llamo Lidia. Soy de Tiatira y vivo en Filipo. Pertenezco al movimiento de Jesús, el Cristo. Yo no conocí personalmente a Jesús, su fundador, pero desde que escuché de él y su movimiento en Galilea por medio de Pablo y de Silas (Hch. 16.11-55), decidí incorporarme a las comunidades cristianas que crecieron fuera de Palestina y que llevan en su seno el mismo espíritu del movimiento de Jesús, el galileo.² Soy gentil convertida al judaísmo y ahora al cristianismo.³ Mi vida ha cambiado radicalmente desde que participo en las comunidades cristianas, que para mí son prolongaciones del movimiento de Jesús. Como mujer puedo afirmar que el movimiento de Jesús, dentro y fuera de Palestina, ha logrado que las mujeres seamos consideradas como personas dignas y capaces de participar en un plano de igualdad con los varones en las comunidades. Claro que hay discusiones y dificultades dentro de las mismas comunidades, pero que ha habido grandes avances en relación a la participación de las mujeres, no se puede negar. De hecho es la presencia significativa nuestra como mujeres la que está generando las discusiones.⁴

* La doctora Elsa Tamez es profesora en la UBL. Actualmente ocupa también el cargo de Rectora.

Cuando se escriben historias casi siempre pasa que las mujeres no son tomadas en cuenta; y eso que generalmente somos nosotras las que contamos las historias. Esto es porque las sociedades, por ser patriarcales, ven como algo natural que los varones sean los que escriben y hacen la historia.⁵ En la realidad concreta, la historia es diferente. Las mujeres son muy activas. Me han llegado a los oídos muchas historias de mujeres del movimiento de Jesús en Galilea y Judea y después fuera de Palestina. Y no me gusta cuando escucho en nuestras reuniones las historias de Jesús acompañado siempre solo de hombres, de los doce. Eso no es así. Yo entiendo que doce es un número simbólico, representa las 12 tribus guiadas por el Mesías Jesús. Pero había mujeres acompañándolo todo el tiempo (Lc 8.1-3), hasta lo siguieron de Galilea a Jerusalén y estuvieron con él la semana que lo condenaron a muerte.

Las historias que conozco sobre las mujeres seguidoras de Jesús muestran dos cosas importantes: una, que Jesús tiene una inclinación especial por los sectores marginados, como las mujeres, los pobres y los enfermos discriminados; y otra, que las mujeres encontraron en el movimiento de Jesús la esperanza de que las cosas pueden ser diferentes para ellas, pues siempre habían sido echadas de lado. Yo, Lidia, les voy a contar lo que sé sobre el movimiento de Jesús, el Cristo, y su relación con las mujeres. Voy a comenzar con la situación en que surge el movimiento.

EL MOVIMIENTO Y SU CONTEXTO

La situación en Palestina en tiempos de Jesús era difícil y conflictiva, y después de la muerte de Jesús, quien para nosotras es el Cristo, se agravó aun más. Palestina era tierra ocupada por el Imperio Romano, donde las tropas romanas se movilizaban con frecuencia. Ver tropas extranjeras ocupando el territorio no es nada agradable. A los soldados romanos los conozco muy bien, pues aquí en Filipos,

por ser colonia romana, viven muchos de ellos y muchos aspectos de la vida de esta colonia son de carácter militar.⁶ Además, los distintos impuestos que hay que pagar a los romanos son una gran carga, y a estos se añade el del Templo. Jesús no veía eso con buenos ojos.

La cuna del movimiento de Jesús fue Galilea; esta es una región más que todo campesina, a pesar de que hay bastantes ciudades helenistas. La mayoría de la población de esta provincia se dedicaba a la agricultura (dicen que entre el 80 y 90%⁷) sobre todo de olivos, higos y viñedos. A Jesús siempre le gustó hablar de la buena nueva, lo que él llamaba el Reino de Dios, a través de imágenes del campo (Mt 13.24-30; Mc 4.26-32), porque era lo que tenía a su alrededor toda su vida. El era de Nazaret, un pueblucho insignificante, con muy pocos habitantes. Nazaret está en un cerro y le rodean varios cerros. Los paisajes de Galilea son hermosos.

Yo creo que a Jesús no le gustaban las ciudades. Todas las ciudades griegas se parecen y su construcción es impresionante. Yo nunca estuve en Séforis, la ciudad más importante de Galilea, y que está a 5 km. de distancia de Nazaret, pero me la imagino muy parecida a Filipo, aquí donde vivo. Tiene que tener su teatro, gimnasio, baños, y las casas bonitas de los ricos. En esas ciudades se habla griego, como aquí en Filipo no se habla arameo, aunque sean judíos sus habitantes. Digo que a Jesús no le gustaban las ciudades porque nunca escuché una historia en la que se mencionara a Séforis, y seguramente Jesús estuvo muchas veces allí. Hasta tal vez trabajaba allí de carpintero o constructor con su papá, porque 5 km. no es nada lejos para un campesino.⁸ Si se hubiera quedado trabajando solo en Nazaret no hubiera sobrevivido como carpintero, pues dicen que Nazaret tiene apenas como 500 habitantes. Por otro lado él sí estuvo en las ciudades de Betsaida y Corazin, pero no tenía muy buena opinión de ellas, hasta les lanzó unos “Ayes” (Mt 11.21; Lc 10.13).

Cuando Jesús inició su ministerio se fue a Caparnaúm. Algunos piensan que se fue para trabajar en la ciudad de Tiberiades, que

empezó a construir Herodes Antipas después de que terminó de reconstruir a Séforis. Caparnaúm no era una ciudad sino una aldea más grande, como de unos 1.000 habitantes,⁹ pero por supuesto que era un lugar mucho más importante que Nazaret. Desde Caparnaúm viajaba a pueblos y aldeas para hablar del Reino de Dios.

Caparnaúm está a la orilla del mar de Galilea, donde la industria pesquera es una gran fuente de riqueza, ciertamente no para los pescadores independientes sino para los cambistas y gobernantes.¹⁰ Muchas de las historias que he escuchado de Jesús, como curaciones, milagros, y sacadas de demonios, ocurrieron en los distintos pueblos y ciudades que están a la orilla del lago de Galilea, o de Tiberiades, como también lo llaman. No puedo olvidar que una de las discípulas de Jesús más destacada y amada por él es de Magdala, otra aldea que queda a la orilla del lago. Me refiero a María Magdalena.

Pues decía que en ese tiempo la situación ya era difícil políticamente. En el año 4, siendo Jesús un niño, Séforis había sido arrasada por los romanos porque los habitantes de esa ciudad, que eran judíos helenizados, se rebelaron contra el imperio romano. Me imagino que fue una experiencia muy humillante y que pudo haber marcado a Jesús de niño. Esto es apenas un ejemplo, he escuchado de muchos conflictos entre el pueblo y los romanos, sobre todo en Galilea,¹¹ una región que parece ser muy conflictiva. Muchos campesinos endeudados pierden sus tierras y después no les queda otra cosa que ir a prisión por las deudas o unirse a los movimientos anti-romanos e ir a esconderse en las cuevas. Había y siguen existiendo varios movimientos que intentan recoger las aspiraciones de la gente. Hay movimientos proféticos, movimientos mesiánicos y otros que son más bandoleros, que tienen la simpatía de muchos pobres porque le roban a los ricos y le dan a los pobres.¹² Algunos creen que los dos bandidos que crucificaron a la par de Jesús eran de ese tipo, porque los ladrones nunca son crucificados, solo los esclavos y subversivos. Las tropas romanas son muy poderosas y han aplastado muchos movimientos, dejando un gran número de muertos.

Parece muy radical esto que digo, pero así es. En estos momentos, por ejemplo, varios años después de la crucifixión de Jesús, la situación en Judea está que arde. Parece que el grupo de los celotes ha crecido y hasta varias autoridades del templo se han unido a la protesta por el irrespeto a las tradiciones judías. Me temo que si sigue la situación así, las tropas romanas van a invadir Jerusalén y destruir la ciudad y el templo.¹³

Cuando yo pienso en Jesús y en su contexto, entiendo por qué tanta gente lo seguía, pues cada gesto, palabra y práctica que hacía y decía, respondía a los anhelos de esperanza de sus seguidores y seguidoras. Ellos y ellas buscaban novedad de vida en Jesús, y se iban uniendo a su movimiento. También comprendo por qué estuvo en peligro de muerte muchas veces y por qué los fariseos, los escribas y el sumo sacerdote querían tomarlo preso. Tenían miedo de que su movimiento se viera como un movimiento anti-romano y que las tropas del imperio acabaran con esta provincia vista como rebelde. Jesús consagró toda su vida a mostrarnos un camino diferente al que vivimos ahora en esta sociedad romana. Por eso yo lo admiro tanto y lo amo y me considero su discípula en tanto Cristo resucitado. Para Jesús, en la sociedad debe haber cabida para todos, mujeres y hombres, pobres e ignorantes. El Reino de Dios, proclamación central de Jesús, es un Reino ideal en el cual no hay guerras ni dominaciones, no hay hambre ni discriminaciones, pues todas las vidas son preciosas a los ojos de Dios.

LAS MUJERES EN EL MOVIMIENTO DE JESÚS

En el movimiento de Jesús había mujeres y no pocas. Ellas eran discípulas y le seguían igual que los varones. Jesús no hacía distinción entre unas y otros. Al contrario, una de sus características era proponer un orden diferente al orden jerárquico que conocemos. Era muy

atrevido en sus enseñanzas, estaba en contra de aquellos que querían ocupar los primeros puestos, hablaba mal de las autoridades políticas que dominaban a los demás; “entre ustedes no será así” (Mt 10.42-45), decía. También no hablaba muy bien de las autoridades religiosas que se creían muy santas y marginaban a quienes consideraban impuros o se aprovechaban de las viudas.

Para mí, una mujer, este mensaje que no me excluye, que me considera hija de Dios, persona libre e importante, es lo que le ha dado sentido a mi vida y a mi comunidad. Yo creo que muchas mujeres piensan lo mismo. También me gusta mucho la posición de Jesús como judío autocrítico. La sociedad judía discrimina a las mujeres, muchas veces nos considera impuras y no nos permite tomar parte importante en las sinagogas, mucho menos en el Templo. Jesús, tal vez por ser galileo y no de Judea, no le dio mucha importancia a estas tradiciones que hacen a un lado a las mujeres.¹⁴ Jesús se dejó rodear y seguir por mujeres, las consideró iguales a los varones y les restableció su dignidad perdida por las costumbres de la cultura patriarcal.

En el movimiento de Jesús hay más mujeres de lo que se cree. Esto es, en parte, porque se ha hecho tanto énfasis en los doce.¹⁵ Pero, como ya dije se trata de un número simbólico. En la realidad había muchas mujeres que también oían de sus enseñanzas y le seguían a donde iba. Nadie puede negar que cuando vino a Jerusalén esa semana de su muerte, varias mujeres también lo acompañaron desde Galilea. Todas las historias que he escuchado sobre la resurrección de Jesús mencionan a varias mujeres como testigos de su resurrección (Mc 16.5-7; Mt 28.5-7; Lc 24.1-10; Jn 20). María Magdalena no falta en ninguna. Creo firmemente que las mujeres estuvieron en las comidas comunitarias con Jesús¹⁶ y que también fueron enviadas a enseñar y sanar, como los varones. Yo lo hago ahora acá en Filipo, soy activa en la comunidad, enseño como cualquier varón. Somos muchas mujeres, pero muchas veces no somos mencionadas. Es verdad que se menciona mucho a Pedro, a

Santiago y Juan, y también a Andrés, pero eso no quiere decir que solo varones pertenecían al movimiento. Cuando escucho las historias de Jesús, aparecen más los nombres de hombres como acompañantes de Jesús. Las mujeres aparecen como las que son sanadas, y es cierto que muchas mujeres buscaban a Jesús porque veían en él y su movimiento una nueva propuesta de calidad de vida. Y Jesús escuchó siempre sus peticiones. Estas mujeres eran generalmente pobres y muy necesitadas; pero también buscaban a Jesús muchos hombres en esas mismas condiciones. También he sabido de mujeres de posiciones más acomodadas como Juana y Susana (Juana era la esposa de Chusa, el administrador de Herodes Agripa, el gobernador de Galilea) que no solo seguían a Jesús sino que económicamente ayudaban al movimiento. Yo, Lidia, no soy rica, pero tampoco soy pobre, pues vendo telas de púrpura que importo de Tiatira, y la paso como cualquier artesano o negociante, a veces me va bien y a veces mal.¹⁷

Algo que a las mujeres nos atrae de Jesús es su concepto de familia. Para él la familia es quien escucha y hace la voluntad de Dios, es decir, hombres y mujeres, padres e hijos. Todos son hermanos entre sí (Mt 12.46-50; Mr 3.31-35; Lc 8.19-21). Con esto no es que esté en contra de la familia, sino de un concepto patriarcal de familia. Aquí en la cultura romana y también la judía, las mujeres tenemos un rol muy marcado de sumisión. El ideal de mujer es ser madre y quedarse en casa y obedecer al marido porque él es la cabeza. La sociedad romana aquí en Filipos y en otras provincias romanas critica mucho a las mujeres que se salen de ese rol. Y como en las comunidades cristianas se intenta vivir una vida fraternal sin discriminaciones, como dice Pablo el fundador de nuestra comunidad, “donde no hay judío ni griego, amo ni esclavo y mujer ni varón” (Gá 3.28), somos blanco de críticas. Ya en varias comunidades cristianas se están viendo retrocesos y discusiones sobre nuestra participación, como en las comunidades de Corinto y otras. Me imagino que también se daba al interior del movimiento de Jesús en Galilea, pero no tanto

como ahora. Ojalá que no perdamos de vista sus enseñanzas. Si se sigue restringiendo nuestra participación como quieren algunos, aunque sea como medida de sobrevivencia, vamos a alejarnos de lo fundamental del Reino de Dios que anuncia Jesús.

Yo veo que una de las razones por las que no tenemos más información sobre líderes mujeres, es que las mujeres de Galilea que siguieron a Jesús hasta Jerusalén (Mr 15.41), seguramente regresaron a Galilea después de su muerte. En cambio, algunos de los discípulos renombrados se quedaron en la ciudad de Jerusalén. Las mujeres probablemente fundaron comunidades, pero fueron desapareciendo de la historia. Y yo me pregunto, qué pasaría con Marta y María, dos mujeres muy amigas de Jesús. Ellas eran de Betania, un lugar cercano a Jerusalén. Por cierto que Marta había confesado con mucha elocuencia que Jesús era el Mesías, pero todos recuerdan más la confesión de Pedro. Por eso, yo, Lidia, y muchas otras mujeres del movimiento cristiano, tenemos una gran responsabilidad: contar nuevamente las historias tomando en cuenta que somos bastantes las mujeres líderes de las comunidades. Con esto podemos hacer frente a nuestra sociedad que, por ser de cultura patriarcal, puede ir restringiendo nuestra participación poco a poco.¹⁸ Pero para que se den una idea de cómo se relacionaba Jesús con las mujeres del movimiento, les voy a contar algunas historias de Marta y María (Lc 10.38-42; Jn 11.1-44; 12.1-11).

Hay varios relatos sobre Marta y María y su relación con Jesús. Esto indica que en verdad eran grandes discípulas y pertenecían al movimiento de Jesús. Les voy a contar tres historias en las que podemos observar los desafíos frente a los roles impuestos sobre las mujeres y también los vínculos fuertes de amistad entre Jesús y estas dos mujeres. Las historias las cuentan separadamente, pero yo las voy a interrelacionar.

¿MUJERES PARA LA CASA?

Marta y María vivían en Betania,¹⁹ una aldea muy cercana a Jerusalén, como a unos 3 km. de distancia. La aldea no tenía nada de extraordinaria, era insignificante a la par de la rica y moderna ciudad de Jerusalén donde estaba el Templo y el famoso palacio de Herodes (que más tarde ocupó Pilatos, el procurador romano que enjuició a Jesús y lo condenó a la muerte). Cada vez que oigo las historias observo que a Jesús no le gustaba mucho ir a Jerusalén; para sus discípulos y discípulas era una ciudad peligrosa porque ahí estaban las autoridades judías y romanas que querían apresarlos. Pero por el contrario, él encontraba refugio en la casa de sus amigas Marta y María y su amigo Lázaro en Betania. Cuando estaba en peligro si no iba para donde sus amigas iba hacia Samaria, o al otro lado del Jordán (Jn. 10.40), o a Efraín, una región cercana al desierto (Jn 11.54). Parece que le gustaba mucho ir a visitar a estas dos amigas y a su amigo Lázaro, entrar en la casa y conversar con ellas de cosas importantes del movimiento. Por cierto que ellas aparecen en las historias más que su hermano Lázaro y son más activas, de acuerdo a las historias que he escuchado. Jesús amaba mucho a los tres. Estas mujeres, como ven, no eran de Galilea sino de Judea, así que Jesús también tenía gente de Judea en su movimiento.²⁰

Estoy convencida de que María y Marta eran discípulas seguidoras de Jesús. Esto lo veo, por ejemplo, cuando Jesús las visita y se sienta y empieza a enseñar, como lo acostumbraba hacer en Galilea con cierto círculo de discípulos y discípulas -porque seguramente también había mujeres, aunque no lo digan. A María le interesaba mucho todo lo que decía, pues lo escuchaba atentamente. Ella dejaba de hacer las cosas de la casa y se sentaba a los pies de Jesús, igual a como lo hacía el apóstol Pablo cuando se sentaba a los pies de un maestro muy famoso llamado Gamaliel, según cuentan algunos (Hch 22.3).

Para las mujeres esto es algo muy nuevo, porque a las mujeres no se nos es permitido estudiar, pues no se ve con buenos ojos que hagamos lo que le toca a los varones, según nuestra cultura. Y allá en Judea, en Jerusalén, es más difícil para las mujeres, pues están muy cerca del Templo y de las enseñanzas de los escribas y sacerdotes. Jesús veía las cosas diferentemente y en su movimiento da cabida a las mujeres como líderes. Los galileos eran más libres con respecto a los preceptos del templo.²¹ Para él no es tiempo perdido enseñarle a María y a Marta. Hasta prefiere y empuja a las mujeres a que no se queden en sus roles tradicionales de limpieza y orden en la casa, sino que salgan y descubran espacios que las llenen de satisfacción y las haga sentir personas con capacidades iguales a las de los varones y para que participen en el movimiento y en las comunidades locales.

Si Jesús piensa así, es porque nosotras las mujeres tenemos cosas importantes que aportar. Marta, que parece ser la encargada de la casa, tendía a ahogarse por las cosas y detalles de la casa. Pero Jesús le abre el horizonte y le muestra un mundo nuevo, amplio, donde puede desplazarse y desplegar, aprendiendo nuevas cosas, investigando, discutiendo y aportando. María lo había descubierto ya, aunque en la historia la narran muy calladita, solo escuchado. Yo creo que Jesús quería que también Marta lo hiciera, y todas las demás mujeres. Esto es lo que a nosotras las mujeres nos hace sentir que somos parte importante en el movimiento y en nuestra comunidad particular. No es fácil, porque tenemos que luchar contra la corriente. Pero Jesús le dice a Marta que esa parte que eligió María no le será quitada.

Yo, Lidia, también me apropio de esa promesa y asumo el liderazgo en la comunidad de aquí de Filipos que se reúne en mi casa (Hch 16.40). Yo creo que las cosas van cambiando poco a poco, porque hasta la manera en que cuentan la historia refleja algo insólito, como por ejemplo que digan que Jesús entró en la casa de ellas, sin mencionar a Lázaro, pues son los hombres los propietarios; o que cuenten que

Marta lo recibió en su casa, cuando la costumbre es que los hombres reciben y acogen a las visitas. Esas cosas las tomo muy en cuenta porque son aspectos que pueden cambiar la visión patriarcal que todos tenemos de nuestro mundo. Aunque sinceramente, como mujer, me hubiera gustado que entre los tres, Marta, María y Jesús hubieran hecho los quehaceres de la casa.

LA CONFESIÓN DE MARTA

Hay otra historia que habla de estas dos mujeres, Marta y María. Es aquella que narra la muerte de su hermano Lázaro y de cómo Jesús lo resucitó (Jn 11.1-44). Otra vez las dos mujeres son las protagonistas más importantes. Pero aquí la que entabla un diálogo teológico profundo con Jesús no es María sino Marta. Se ve que Marta hizo un gran recorrido en su vida y en su fe. Ella sigue siendo la que recibe a Jesús, pero ahora no en la casa, donde están María y otros judíos conocidos de ellas que llegaron a consolarlas por la muerte de Lázaro. Esta vez ella sale al encuentro. María se queda en casa, atendiendo a las visitas. Las tareas se comparten. Jesús esta vez no entra en la casa, allí donde lloran al muerto, sino que se va al sepulcro donde lo habían colocado. Va a resucitar al muerto porque tiene el poder para hacerlo, y porque él vino para dar vida.

La situación para Jesús era difícil: en Jerusalén lo andaban buscando por todos lados para matarlo. Las autoridades pensaban que si mataban al líder del movimiento acabarían con el movimiento y así las tropas de los romanos no arrasarían con la nación (Jn 11. 45-50). Jesús lo sabía y por eso estaba en una región lejana a Jerusalén. Cuando las hermanas le avisaron que su hermano estaba enfermo, Jesús decidió ir a Judea. Los discípulos quieren evitar que vaya y dicen “¿Rabbí, con que hace poco los judíos querían apedrearte, y vuelves allí?” Pero Jesús decide arriesgar y volver a visitar a sus

amigas y darles el reglado de devolverle la vida a Lázaro, su hermano. Esta acción de Jesús de dar vida a un muerto apresurará su encarcelamiento y su condena a muerte, porque muchos creerán en él por esa señal y las autoridades no lo soportarán. Hasta a Lázaro quisieron matarlo después de que Jesús lo resucitó (Jn 12.10).

Cuando Jesús llegó a Betania, Marta se fue a encontrarlo en el camino, y allí, los dos, frente a los discípulos, conversaron de cosas muy profundas. Dialogaron sobre la resurrección, la vida eterna, la fe en Jesús que da vida para siempre, aunque uno muera físicamente, y otras cosas. Ahora es Marta, y no María, la que escucha las enseñanzas de Jesús. Marta seguramente hacía preguntas y Jesús respondía. Marta explicaba lo que había aprendido antes y Jesús la corregía y le mostraba maneras diferentes de ver las cosas misteriosas y profundas de Dios. En medio de ese diálogo entre dos amigos, que a la vez eran Maestro y alumna, Jesús le dice a propósito de la muerte de Lázaro: “Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás”, y luego le hace una pregunta fundamental, “¿crees esto?” le dice, y ella le contesta con una gran fe y seguridad: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo” (Jn 11.27). Esta es la confesión de Marta. Yo creo que al proclamar la fe en Jesús como Mesías, Marta está contraponiendo el poder de Jesús que da vida y el poder patriarcal controlador. Al mismo tiempo, al ser la confesión su propia palabra, ella asume la propuesta del movimiento de Jesús como alternativa a ese poder.²²

La confesión de Marta muchas veces se ha olvidado. Más se recuerda la de Pedro (Mt 16.16) que la de Marta, a pesar de que la de Marta es mucho más elocuente. Yo creo que se recuerda la de Pedro solo porque es varón. Son los prejuicios de la cultura que debemos combatir.

Marta y María son mujeres valientes que aman y desafían. La situación en la cual se mueven es delicada. Adherirse al movimiento

de Jesús, viviendo en Judea y cerca de Jerusalén, es riesgoso. Son muchas las cosas nuevas que Jesús propone con respecto a la cultura y las tradiciones religiosas y sociales, y son muchas las mujeres y los hombres que se adhieren al movimiento porque están descontentos con la situación y quieren cambios. Nada de eso es bien visto por las autoridades judías y romanas. Por eso ellas tienen que andar con cautela. Un ejemplo de eso es cuando Marta viene y busca a María para que vaya a ver a Jesús y para que también oiga las palabras de vida que Jesús había compartido con ella. Cuando llega a la casa donde estaba María sentada en el suelo²³ con los demás judíos conocidos que habían llegado a consolarlas, le dice al oído que Jesús había llegado. Le dice al oído y no en voz alta porque sabía de la hostilidad que había hacia Jesús por parte de la gente del lugar.²⁴ Entonces María sale de la casa y no dice a dónde va; la gente piensa que va a llorar al sepulcro (Jn 11.28-31) pero ella va a ver a Jesús y creo que tiene la fe de que algo puede hacer Jesús por su hermano.

La amistad profunda que había entre Jesús y esta familia es un aspecto que me llama mucho la atención. Me hace ver que el movimiento de Jesús no es solo un movimiento que busca cambiar el orden de las cosas y se afana y angustia por la situación difícil económica y política. No solo pasan trabajando todo el tiempo, enseñando y haciendo curaciones y milagros, sino que también toman su tiempo para relacionarse con afecto y ternura los unos con los otros del movimiento. Lo observo aquí, en la casa de Marta y María, y también seguramente así era cuando tenían las comidas entre ellos en donde todos y todas participaban.²⁵

LA AMISTAD ENTRE ELLAS Y JESÚS

Por la manera como cuentan las historias me doy cuenta de que Jesús las amaba mucho a ellas y a Lázaro. En una de las historias que conté arriba, Jesús entra en la casa como un miembro de la familia;

se siente a gusto en ese espacio de ellas. Él toma asiento, conversa con María, quien lo escucha atentamente mientras Marta, trabajando todo el tiempo en los quehaceres de la casa, le reclama que no le quite el tiempo a su hermana para que le ayude porque tiene mucho trabajo. Y Jesús, con un tono cariñoso,²⁶ ¡Marta, Marta!, le dice, y le aconseja que también ella debería aprovechar ese espacio de aprendizaje, cosa que a nosotras las mujeres siempre nos lo quieren quitar. En esa escena se percibe una atmósfera de amistad. Yo, Lidia, como vendedora de púrpura, líder de la comunidad cristiana y jefa de mi casa me siento a veces como Marta, atareada y angustiada. Me olvido de mí misma y creo que no podré con todo, como Marta. Pero al recordar esta historia, tomo las cosas con más calma y empiezo a hacer lo que está a mi alcance, dándole importancia a aquello que más me realice como mujer, persona digna. Este es un consejo muy bueno que Jesús nos da a todas las mujeres por medio de esa historia de Marta y María. Muchas veces se interpreta esta historia como una división entre la oración o el estar con Jesús y la práctica. Pero no es así, en esta historia la enseñanza más profunda es aquella en la cual Jesús da cabida a las mujeres en el ministerio igual que a los varones.

Donde más se ve la profunda amistad que Jesús tenía con ellas y su hermano es cuando muere Lázaro. Esa historia es muy emotiva. Repite varias veces que Jesús los amaba (Jn 11.5), y también menciona que él se conmueve dos veces (Jn 11.33; 38) y cuenta que hasta derramó lágrimas por Lázaro (Jn 11.35), aun sabiendo que lo iba a resucitar. Es que Jesús se conmueve con el dolor nuestro, de los humanos y cuando veía llorar a sus amigas y los otros conocidos de ellas que habían llegado a consolarlas, no se pudo aguantar y también lloró por su amigo Lázaro. Hasta los judíos, que no querían a Jesús, dijeron: “Mirad cómo le quería” (Jn 11.36). Tener como líder del movimiento a una persona que ama con tanta intensidad a sus compañeros, mujeres y hombres, es algo que siempre debemos tener presente para que también nosotras y nosotros amemos de esa manera a los miembros de las comunidades del movimiento de Jesús, sin importar su estatus, cultura o género, pues delante de la fe de Cristo todos somos iguales (Gá 3.28).

Así mismo, el amor que estas mujeres manifestaban por Jesús era inmenso. Jesús lo sabía. Una vez, ya cerca de la Pascua, poco antes que lo condenaran a muerte y le crucificaran, la familia amiga de Betania le ofreció un gran banquete cena (Jn 12.1-11). Jesús llegó acompañado con algunos de sus discípulos. Me imagino que todos estaban felices porque allí en la comida también estaba Lázaro, el hermano resucitado. Marta, que parece que es la jefa de la casa, servía. Entonces María manifestó el amor que tenía por Jesús de una manera muy particular. Echó perfume de nardo en los pies de Jesús y se los secó con los cabellos. Esta era una muestra de amor muy grande que sobrepasaba la costumbre de lavar los pies a las visitas como muestra de hospitalidad. Ella los lava con un perfume caro, de nardo puro, y lo seca con sus cabellos largos.

Al instante se perfumó toda la casa. Jesús presentía que pronto lo iban a matar, por eso para él ese gesto era una de las más valiosas muestras de amor que un discípulo o discípula podía hacer. El había lavado los pies a sus discípulos mostrándoles con ello que sus seguidores deben siempre ser servidores de los demás. María había aprendido la lección. Ella lo hizo a su amigo y maestro Jesús, a quien seguramente presentía que pronto perdería. A Judas Iscariote no le gusto, lo vio como un derroche inútil y critica a María. Jesús la defiende y permite que ese placer de María de lavarle los pies como ella quiere, no se le quite. Además Jesús ve más allá de la escena simple de lavar los pies con perfume. El ve un anticipo simbólico del embalsamamiento del cuerpo para la sepultura, como es nuestra costumbre. La historia termina diciendo que los sumos sacerdotes querían matarlo junto con Lázaro. Jesús permite que su discípula y amiga María toque su cuerpo una última vez, sellando así una amistad eterna ininterrumpida entre el Jesús que vivió en Palestina y el Jesús resucitado. María seguirá lavando los pies a sus prójimos en señal del servicio a los demás como le había enseñado su Maestro y amigo Jesús y como característica del movimiento de Jesús, que se ha constituido para servir y no para ser servido.

No entiendo como fue posible que las autoridades de la Iglesia cristiana en Jerusalén, los notables, como los llaman, se hayan olvidado de Marta y María²⁷ como personajes protagonistas. Acá en Filipos y en las otras provincias del imperio fuera de Jerusalén no sabemos más que fue de ellas. Solo escuchamos de Santiago, Juan y Pedro, además de Pablo que fue fundador de nuestra comunidad. Esto no debió haber sido así.

Como estas historias hay muchas parecidas. En todas ellas se observa un cambio asombroso de trato hacia las mujeres. Ellas son visibles y respetadas. Los cristianos y cristianas de América Latina, hoy día y en siglos venideros, debemos reiteradamente volver al movimiento de Jesús, el galileo, para mejorar constantemente nuestras relaciones interhumanas y procurar una mejor calidad de vida para todos y todas.

Notas

¹ El artículo forma parte de mi libro *Mujeres valientes del movimiento de Jesús el Cristo*, el cual será publicado por la División de mujeres de la Iglesia Metodista Unida de Estados Unidos.

² Aunque hay diferencias entre el movimiento de Jesús en galilea, y el movimiento misionero desplegado después del Jesús resucitado (Cp. Elizabeth Schüssler-Fiorenza, *In Memory of Her, A Feminist Theological Reconstruction of Christian Origins*, London: SCM Pres, 1983, pp.99-104), estoy de acuerdo con Luise Schottroff en percibir un solo movimiento liberador frente a la Pax Romana. *Lydia's Impatient Sisters. A Feminist social History of Early Christianity* (Louisville: Westminster John Knox Press, 1995), p.9.

³ En ese tiempo los cristianos eran vistos como una rama del judaísmo. Las personas seguían participando en la sinagoga y en las casas-iglesias.

⁴ Se entiende que aquí se refiere a los problemas en Corinto y en otras comunidades cristianas, reflejados claramente en los códigos domésticos de escritos postpaulinos.

⁵Elizabeth Schüssler-Fiorenza afirma: “Las mujeres siempre han transmitido la historia, han contado relatos y han mantenido viva la memoria. Sin embargo, la historia ha sido escrita por lo general por varones privilegiados, que la han contado como su propia historia y según sus propios intereses.” *Pero ella dijo. Prácticas feministas de interpretación* (Madrid: Trotta 1992), p.116.

⁶José Comblin, *Epístola aos Filipenses* (Petrópolis: Vozes 1985), p.7.

⁷K.C. and Douglas E. Oakman, *Palestine in the Time of Jesus. Social Structures and Social Conflicts* (Minneapolis: Portress Press 1998), p.104.

⁸ El silencio de esta ciudad en los evangelios es remarcable debido a la extrema cercanía entre Nazaret y Séforis. La familia de Jesús debió estar muy atenta a todos los acontecimientos que ocurrían en esta hermosa ciudad, capital de la provincia de Galilea.

⁹ Richard A. Horsley, *Galilee. History, Politics, People* (Pennsylvania: Trinity Press International, 1995), p.195.

¹⁰Hanson y Oakman enlistan los beneficiarios, empiezan por los emperadores, quienes eran los beneficiarios de los impuestos portuarios, pasa por todos los tipos de recolectores de impuestos y concluye con los mercaderes que salan los pescados. *Op. cit.*, p.108-108.

¹¹Cp. John Dominic Crossan, *Jesús, Vida de un campesino judío* (Barcelona: Crítica, 1994), pp. 162-270; Richard A. Horsley, *Jesús and the Spiral of Violence. Popular Jewish Resistance in Roman Palestine* (San Francisco: Harper & Row, Publishers, 1987); Gerard Theissen, *A la sombra del Galileo. Las investigaciones históricas sobre Jesús traducidas a un relato* (Salamanca: Sígueme 1988).

¹² R. Horsley and John S. Hanson, *Bandits, Prophets and Messiahs: Popular Movements in the Time of Jesus* (New Voices in Biblical Studies, Ed. Adela Yarbro Collins y John J. Collins, Minneapolis: Winston Press, Seabury Books, 1985); J. Crossan, *op. cit.*, pp.209-250.

¹³Muy probablemente esto ocurre un poco más tarde, a principios de los 60. d.C. Para esta fecha tal vez Lidia ya está muerta, o es muy anciana. Pablo la conoció posiblemente a principios de los años 50.

¹⁴R. Horsley, *Galilee, op. cit.*, 156, 235-237.

¹⁵Para los evangelios y Hechos es más importante el número doce que los nombres propios. De hecho hay confusión sobre los nombres de los doce, ni siquiera aparecen todos; los evangelios se contradicen en esto. Cp. Suzanne Tunc, *También las mujeres seguían a Jesús* (Santander: Sal Terrae, 1999), pp. 25-38.

¹⁶Cp. Suzanne Tunc, *op. cit.*, p.59-65.

¹⁷Muy probablemente ella no es de estatus social alto, como se ha creído tradicionalmente. Nuevas investigaciones, muestran que la púrpura que vendía no era la extraída del molusco, sino de una planta muy popular en Tiatira. El mejor análisis que conozco sobre Lidia es el de Ivoni Richter Reimer, *Vida de Mulheres na sociedade e na igreja*, 1995, pp. 60-79.

18 Y Lidia tenía razón, la amplia participación de las mujeres en el movimiento cristiano fue eliminada paulatinamente. Documentos bíblicos y extrabíblicos hacia final del siglo primero y con más fuerza posteriormente, muestran cómo fueron silenciándose las mujeres. Pero no solo eso, el proceso de exclusión incluyó también la pérdida de concebir la iglesia como una comunidad de iguales en sentido general. Aparece la jerarquización y el acomodo a las estructuras de la sociedad imperial romana. La radicalidad crítica profética de Jesús y también de Pablo a cualquier tipo de opresión fue desapareciendo. Cp. Esperanza Bautista, *La Mujer en la iglesia primitiva*, 1993, p. 168. Por eso, uno de los grandes desafíos en la lectura bíblica hoy es volver al movimiento de Jesús, el Cristo, y contar una y mil veces las historias.

¹⁹ Lucas no menciona el nombre pero Juan sí, dos veces.

²⁰ Zaqueo es de Jericó, que está en Judea.

²¹ Richard A. Horsley, *Galilee*, p. 277. Para este autor, las instituciones y tradiciones de Jerusalén significaban un gobierno lejano para Galilea, pues cuando estas se desarrollaron, estaba bajo la administración de una provincia imperial diferente.

²² Así lo describe Mercedes López en *A Confissão de Marta. Uma leitura a partir de uma óptica de gênero* (Sao Paulo: Paulinas, 1996), p.67.

²³ Las mujeres se sientan en el suelo durante el duelo. Cp. Raymond Brown, *El Evangelio según Juan, I-XII* (New York: Doubleday & Company, Inc., 1979), p. 677.

²⁴ J. Mateos, J. Barreto, *El Evangelio de Juan* (Madrid: Cristiandad, 1982) p.506.

²⁵ Para Suzanne Tunc convivir con Jesús en el movimiento supone participar de las comidas, p.61s.

²⁶ Según Alois Stöger la repetición del nombre indica simpatía, solicitud y amor, p. 314.

²⁷ Hay algunos que piensan que estas dos mujeres son figuras que representan dos tipos de comunidades de iglesias, las llamadas domésticas, representadas por Marta, que se dedican a acoger, a poner orden en los conflictos, a buscar la unidad y a presidir las reuniones de oración, y la otra, las llamadas iglesias misioneras, que tiene que ver con los profetas portadores de la palabra de Dios, después de haberla escuchado y meditado. Si esto es así, para las mujeres es algo muy significativo porque se está afirmando que desde los orígenes del cristianismo las mujeres eran seguidoras de Jesús y compartían funciones muy importantes. Cp. Suzanne Tunc, p.44.